

## La crítica moral de Mariano Azuela

Gustavo Santillán

La crítica moral de la sociedad mexicana ha sido constante a lo largo del siglo xx y no fue desconocida en el siglo xix. Diagnóstico de males humanos, por medio de la recreación de situaciones cotidianas, comienza en el México independiente con la vasta obra de Fernández de Lizardi. Por medio de folletos breves e impresos sueltos, señalaba la hipocresía de una sociedad carente de valores reales pero a la vez férrea defensora de la moral establecida. Para el *Pensador Mexicano*, el fanatismo religioso era más el síntoma de una carencia moral que el resultado de un exceso de fidelidad a la creencia establecida. El siglo xx mexicano presencia una crítica moral dirigida tanto al campo de la política como al ámbito de la sociedad. Cosío Villegas disecciona el sistema político a través del análisis histórico y reprueba los vicios del poder desde los presupuestos de una ética laica. Luis Spota recrea el ambiguo espacio donde se fusionan los males de la política con los males de la sociedad. Otros nombres pertenecen a esta tradición. Baste señalar dos: Alejandro Gómez Arias y Rubén Salazar Mallén. Desde el periodismo, señalan con ferocidad las arbitrariedades privadas de los personajes públicos y los evidentes abusos de las autoridades nacionales. Así, la crítica moral ha sido constante a lo largo de la literatura y de la historiografía de nuestro país. Pero no ha sido analizada con la fuerza suficiente para mostrar tanto los presupuestos que la impulsan como los nombres que la conforman. Esta ausencia requiere de una acuciosa investigación, pero estimula el presente ensayo. Si la crítica moral desnuda las falsas bases de una sociedad, el análisis de esa crítica comienza con la tarea de definirla y con la labor de comprenderla.

La obra de Mariano Azuela es mucho más vasta que una novela y mucho más rica que un tópico. Por encima de la Revolución mexicana, existen fenómenos sociales más ocultos y más perdurables. Las mentiras y las ambiciones, la hipocresía y el fanatismo, las tentaciones públicas y los goces secretos, los éxitos públicos y las envidias privadas, son más que simples actitudes de un conjunto de personas: son constantes sociales que revelan con una enorme intensidad los rasgos verdaderos y no siempre visibles de una colectividad entera.

Revelar nuestros males es revelar nuestros rostros: no los sueños que nos impulsan, sino las transgresiones que nos definen; no las prohibiciones que gozamos, sino los placeres que sufrimos. En este sentido, no es casual que Azuela convierta a la literatura en el medio para diagnosticar los males morales de la sociedad entera. Más que un reproche y menos que un lamento, la obra de Azuela señala las zonas enfermas de nuestras acciones y los sueños compartidos de nuestras colectividades.



**Dietrich Schwanitz.**

*La cultura. Todo lo que hay que saber.*

Trad. de Vicente Gómez Ibáñez, Taurus, España, 2002, 558 pags.

Éste es un libro para aquellos que quieren tener una relación viva con su cultura. Muchas veces el conocimiento se ha visto encorsetado por fórmulas y barreras, y se ha alejado de su labor más útil, que es enriquecer nuestras vidas.



**José Felipe Coria.**

*Cae la Luna: la invasión de Marte.*

Paidós (Amateurs, 7), México, 2002, 314 págs.

Más que analizar la fascinación que el planeta rojo ejerce sobre espíritus curiosos e imaginativos desde tiempos inmemoriales, este libro la contagia o, si la condición es preexistente, la agudiza.

La doble moral es uno de los principales objetivos de la crítica de Azuela. Toda rigidez pública esconde una flexibilidad privada: toda intolerancia oculta un secreto amor a la transgresión brutal. Así, la doble moral es tanto el testimonio de la ausencia de valores verdaderamente arraigados en la conciencia individual como una causa de la corrupción ética de múltiples personas. La falta de correspondencia entre lo que se dice y se hace, entre aquello en lo que aparentemente se cree y lo que realmente se hace, entre la conciencia y la acción, es uno de los peores males de la sociedad mexicana. Falsifica las convicciones y corrompe las intenciones, vuelve hipócritas a las personas y falsea al conjunto humano. Es un grave síntoma de la falta de convicción real en los valores morales, elementos externos carentes de presencia real en la conciencia de la persona. Implica, aunque Azuela no lo contemplara, una disfunción entre la moral establecida y la comunidad en general. Al igual que la corrupción es una forma de adaptar el mundo legal y moral al mundo real y cotidiano. Si una ética es demasiado angosta, es rebasada. Si es excesivamente laxa, es inútil. La doble moral es tanto la enfermedad social más grave como el mayor obstáculo para la ética profunda.

La crítica moral parte de una ética secularizada. El proceso de creación de una moral pública, surgida del cristianismo pero independiente de cualquier corporación, es compleja. En el caso de México, aún no ha sido estudiada con el suficiente detenimiento. No obstante, es necesario señalar que este proceso se dio sobre todo a lo largo del siglo XIX. No es azaroso que el primer defensor de la tolerancia religiosa haya sido al mismo tiempo el primer moralista de la literatura mexicana: Fernández de Lizardi. La ética secular es aplica-

ble a todos los ciudadanos por encima de las creencias y es sancionada no por alguna Iglesia específica, sino por el Estado nacional. Las antiguas virtudes teológicas se metamorfosean en las virtudes ciudadanas. Así, el Estado obtiene una base ética propia y un fundamento visible: el ciudadano en lugar del creyente y la moral pública por encima de la moral religiosa.

En el campo de la literatura, este proceso es visible a través sobre todo de algunos autores determinados. En especial Mariano Azuela, que es tanto un heredero de las luchas secularizadoras de la sociedad como un defensor de los nuevos valores modernos. La moral pública surge de la cristiana, pero es indistinguible de la burguesa. Es significativo que, a lo largo de diversas novelas, Azuela postule de manera implícita la necesi-

---

**En este hecho es visible el proceso de separación entre la moral religiosa y la moral pública. Es decir: entre el creyente antiguo y el ciudadano moderno.**

---

dad de valores firmes y que, al mismo tiempo, ataque los fanatismos religiosos. En este hecho es visible el proceso de separación entre la moral religiosa y la moral pública. Es decir: entre el creyente antiguo y el ciudadano moderno.

Asimismo no es casual que

Azuela postule como paradigmas a personas cuyo éxito se debe fundamentalmente tanto a una ética limpia como a un esfuerzo propio. Es visible, en consecuencia, la unión entre la moral pública, de carácter individualista, respecto de la moral religiosa, de carácter corporativo. Con la nueva moral, el creyente, se transforma en ciudadano y el ciudadano en individuo. Es el trabajo propio y no el ejercicio de una devoción colectiva el factor clave del bienestar terrenal.

Así, es necesario distinguir entre la crítica moral de la literatura moderna respecto del sermón religioso de la jerarquía y los penitentes. La diferencia es de origen: mientras que la literatura postula valores secularizados, la Iglesia defiende una moral religiosa. Mientras

que el objetivo de los personajes de Azuela es el éxito material ajeno a la corrupción moral, el fin de la Iglesia es la salvación espiritual por encima de la satisfacción terrenal. Existe una diferencia tanto de presupuestos como de finalidades. Por esta causa, es difícil afirmar que Azuela fuera un conservador. En realidad, era un crítico moralista, pero basado en valores modernos y usando el recurso de la literatura realista en lugar del sermón eclesiástico. Por encima de estas diferencias, existe otra no menos determinante y al final de cuentas más valiosa: el valor estético de la crítica moral efectuada por la literatura. Sería vano señalar que muchos sermones religiosos carecen de rasgos literarios. Su objetivo primordial es la defensa de la moral y no el goce verbal. En contraste, un eje básico de la crítica moral efectuada por la literatura es precisamente la recreación lingüística y la búsqueda estética, si no de la belleza, por lo menos de la intensidad narrativa. De esta forma, la crítica religiosa es definible sobre todo por sus fines: la defensa de la salud espiritual o la redención celestial. En cambio, la crítica moral es valiosa no sólo por los fines que busca sino por los medios que emplea. Azuela mencionaba que no era una preocupación central de su obra la corrección estilística. Pero si se atiende a sus obras y no a sus declaraciones, la evidencia es la contraria. Sobre todo en las primeras novelas, es palpable un gusto no sólo por la experimentación verbal, sino por la recuperación del lenguaje coloquial. Posteriormente, asimila las novedades propias de las vanguardias y, con mayor o menor éxito, las emplea en tres narraciones. Así, la crítica moral de la literatura es diferente de la religiosa: la distinguen tanto los valores que emplea, seculares y modernos, como el medio que usa, la recreación verbal. En sus mejores momentos, la crítica moral es realmente amoralista: recrea una situación, pero suspende el juicio. Así, la crítica no comprende, pero tampoco condena: aplica una serie de valores y quedan patentes las conclusiones.

En las últimas novelas de Azuela, la crítica se convierte en juicio. Al mismo tiempo, los personajes se convierten en estereotipos y el lenguaje carece de una genuina intensidad. Esta coincidencia es reveladora: la crítica moral está en estrecha relación con la creación literaria. Por esta causa, la mejor parte de la obra de Azuela es la que combina tanto la búsqueda verbal como la crítica moral. Su resultado: personajes creíbles y ausencia de juicios. El escritor se limita a recrear situaciones y a volver visibles las carencias morales de los personajes. No desciende al campo del reproche o del lamento. La riqueza de la crítica es siempre una

riqueza literaria. La crítica moral no juzga: señala. No reprueba: muestra. No es la solución, sino el diagnóstico. La crítica religiosa indica el mal y al mismo tiempo ofrece la respuesta: la fidelidad a la moral antigua. La literaria ubica las zonas enfermas de los seres humanos, pero ofrece una panacea universal. Así, la crítica moral renuncia a establecer fines y se limita a detectar los males. La crítica moral es una crítica secular: renuncia a los fines metafísicos y se limita a detectar los vicios humanos.

La obra de Azuela se enfrenta a un doble adversario: el conservadurismo hipócrita de la moral religiosa y la falta de valores de los individuos modernos. En sus novelas, la crítica a los fanáticos religiosos coexiste con la crítica de los políticos acomodaticios. Unos y otros carecen de una base moral verdaderamente sólida. En consecuencia, la ausencia de valores éticos conduce al sobredimensionamiento de los valores sociales: el prestigio social en el mundo rural o la riqueza económica en el ámbito urbano. Por esta causa, Azuela parece criticable desde dos extremos contrarios: el surgido de la religiosidad tradicional y el nacido de la vida moderna. No defiende la moral definida por la Iglesia ni justifica la laxitud ética de los individuos con anhelos desmesurados. Azuela endereza su crítica, fundamentada en valores secularizados, hacia el doble espacio de los conservadurismos religiosos y las ambiciones ilimitadas. De ahí que parezca incómodo: exige fidelidad a una ética pública ajena al peso religioso pero igualmente puritana: la honradez y el trabajo, la sinceridad y la rectitud. En este sentido, es un puritano secular: detesta al mismo tiempo la doble moral de los creyentes y la debilidad ética de los individuos. No cree que los valores necesiten de la religiosidad, pero exige que esos mismos valores ocupen un sitio primordial en la vida cotidiana.

Alejado de la ética religiosa, la obra de Azuela propone un camino difícil: la libre aceptación de una moral secular carente de recompensa metafísica. El elemento más importante no es la salvación, sino la rectitud, un valor que dignifica la vida, pero que no le promete la inmortalidad. En realidad, el problema de la moral secular es un problema básico de la época moderna; inculcar en el individuo una ética laica carente de legitimación metafísica no es una labor fácil. Implica tanto renunciar a un fin trascendente para la vida humana como aceptar el rigor terrenal de la moral cívica. Es decir, un esfuerzo social sin el estímulo de lo religioso. En este aspecto es visible la secularización de la moral pública: renuncia a los fines trascendentes y se centra en los bienes terrenales, es sancionada por el Estado y

no por la Iglesia, es un medio que facilita la convivencia, pero no es un camino hacia la salvación. De ahí, en parte, que en las novelas de Azuela sean mucho más comunes los fanáticos y los acomodaticios que los hombres puros y rectos. La moral pública implica un cierto rigorismo secular: renunciar no tanto a los placeres mundanos reprobados por el cristianismo como a los fáciles caminos de la riqueza y la ambición. Esta dificultad moral, sumada al desencanto histórico de Azuela ante el movimiento armado iniciado en 1910, explica, por lo menos en parte, el acentuado pesimismo y el evidente escepticismo del autor ante los hombres y ante las instituciones.

La crítica moral es ahistórica por dos razones. La primera considera que los valores éticos que enarbola son independientes del tiempo en que se aplican. Es decir, son válidos para todos los hombres y todos los tiempos. Esta visión es muy discutible, pero es realmente palpable en Mariano Azuela. La segunda cree que los males que señala son propios de la naturaleza humana en general y no de un momento histórico en particular. Son males endémicos y no enfermedades pasajeras. Sólo algunos poseen valores firmes. Las consecuencias de estos presupuestos son múltiples, pero dos son evidentes: la inexistencia de un análisis claro sobre una circunstancia específica y el énfasis del individualismo en el ámbito moral. Azuela no comprende, sino muestra, y en sus peores momentos, reprueba. No predica. Al contrario: señala que el valor moral es un bien individual. Querer inculcarlo a personas sin valor no sólo es inútil, sino contraproducente: la gente no mejora y, en cambio, la persona que sí tiene valores empeora y en ocasiones se pierde. Hacer el bien es hacer el mal. La ética es válida para la colectividad, pero sólo puede ser asumida desde la propia individualidad.

Esta visión sobre la condición humana facilitó en Azuela su consideración sobre diversos acontecimientos históricos. La crítica de Azuela no es analítica. No era un hombre de ideas, sino de imágenes, y más que de imágenes, de historias. Así, no cree realmente en el cambio humano ni en el cambio histórico. El hombre es débil: rechaza la moral estricta. La historia es repetitiva: se modifican los personajes y las situaciones, pero no los males humanos. El hombre y la historia son en buena medida inmutable desde afuera: todo intento de transformar a una persona termina en la frustración y todo anhelo de modificar la historia concluye en una repetición de vicios y males. Cambia la superficie, pero perdura la esencia. Moral secular la aplicada por Azuela: no cree que algún Dios sea el autor de la historia. Es el hombre, enfermo de poder y enfermo a causa

de su propia debilidad, el que dirige entre errores y quimeras el devenir temporal. Cambian los nombres, pero no los males. Se suceden los hombres, mas no desaparecen los vicios. Así, los presupuestos de la crítica de Azuela y no sólo su experiencia vital lo conducen a creer más en la continuidad que en la ruptura y más en la profundidad de las enfermedades humanas que en la forma de remediarlas. De esta forma, quedan fusionados los elementos de la continuidad y el pesimismo.

Azuela privilegia la moral sobre el amor. En este sentido su romanticismo es limitado. Azuela no ama el amor, sino los valores que construyen una vida que no necesita del factor sentimental: basta la satisfacción del trabajo y la honradez. La moral secular se basta a sí misma: no busca a Dios ni desea la salvación, no se dirige a encontrar un amor o siquiera forjar una relación sentimental. La ética laica de Azuela es autosuficiente: renuncia a la eternidad celestial del cristianismo y a la felicidad intramundana del amor. Su objetivo no es la felicidad compartida por medio de los sentimientos y las sensaciones, sino la satisfacción surgida del cumplimiento del deber. El romanticismo presencia la secularización del amor, que deja de ser un elemento clave de la teología cristiana para convertirse en la llave de la felicidad terrena, especialmente en el mundo occidental. Para Azuela, no es el amor a la mujer, sino el amor a los valores, el verdadero centro de la vida humana.

El realismo es cercano a la denuncia social. Balzac es un caso típico. En Azuela confluye tanto un proceso de secularización nacional como la libre aceptación de una corriente literaria. Es indicativo que Azuela deteste la invención narrativa pura. Aquí es visible la presencia de un romanticismo un poco tardío: la fusión entre arte y vida. Azuela afirma que no se puede escribir con autenticidad lo que no se ha vivido con intensidad. Para escribir bien basta la academia. Pero para crear verdadera literatura es indispensable la experiencia vital. Así, el lenguaje no es un fin, sino un medio para recrear la realidad y para señalar la maldad humana. Realismo literario y crítica moral confluyen; la recreación de la vida implica una posición ante la vida misma. La palabra y la ética forman una unidad: la limpidez verbal es también limpidez moral. No basta la corrección académica ni es suficiente el moralismo religioso: la intensidad verbal es, ante todo, intensidad vital. Azuela rechaza tanto los objetivos religiosos como los fines exclusivamente literarios: ni la salvación espiritual del hombre ni la pura creación lingüística. Realista y romántico, Mariano Azuela es, ante todo, un crítico moral tanto de la sociedad como de la literatura. ●